

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XVIII JORNADAS

VOLUMEN 14 (2008)

Horacio Faas  
Hernán Severgnini

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



# Historia Natural, taxonomías y monstruosidades

Rosario Sosa\*

## 1. Introducción

Michel Foucault, en *Las palabras y las cosas* (1999), no resistió la tentación de citar el famoso pasaje de Borges sobre la “enciclopedia china” que se encuentra en “El idioma analítico de John Wilkins” y a nosotros también nos parece pertinente hacerlo, antes de realizar algunas reflexiones en torno a la Historia Natural, las taxonomías y la monstruosidad:

En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas (Borges, 1983: 708)

Foucault remarca el asombro del lector al leer dicha taxonomía, que nos lleva al límite de nuestras creencias y pone en entredicho los criterios clasificatorios con los que leemos el mundo natural al constatar que es imposible siquiera pensarla...

Si bien seguir el análisis que realiza este autor sobre las palabras de Borges sería muy interesante, nuestro doble objetivo es, por un lado, usar como disparador la literatura, que muestra una clasificación de la naturaleza desde categorías no “racionales” y, por el otro, la necesidad inherente al hombre, que Borges muestra lúdicamente, de ensayar sistemas que posibiliten, con algún criterio, intentar ordenar y explicar el mundo que nos rodea.

## 2. Acerca de la historia de la historia natural

El estudio de los reinos de la naturaleza se conocía desde la Antigüedad como *historia natural*, donde el término “historia” se concebía no como un desarrollo en el tiempo sino que en griego hace referencia a los hechos presenciados. De este modo, la historia natural se concebía como la investigación y el testimonio de lo que hay en el mundo natural: inventario, descripción y ordenación de sus reinos.

En la Antigüedad encontramos dos formas de explicación de los seres vivos: Aristóteles y Teofrasto, con sus excelentes historias de animales y plantas subordinadas a la investigación de su naturaleza, que determinaban sus características, conducta y orden jerárquico, por un lado y por el otro, la *Historia natural* de Plinio, obra filológica y enciclopédica que recopilaba temáticamente informaciones de centenares de obras de otros autores. En esta obra, Plinio el Viejo describe individuos y razas monstruosos, pero no se sabe con certeza si realmente existían. Este fue el modelo que siguió la Edad Media y que heredó el Renacimiento.

Pero aparecieron dos factores que despertaron el interés de obtener informaciones de primera mano: la limitación de las obras clásicas a las plantas de la zona mediterránea que no se hallaban en el norte de Europa y, en segundo lugar, los descubrimientos geográficos de los siglos

---

\* UN Sa.

XV y XVI, seguidos de la explotación comercial del siglo XVII, lo que puso a los europeos ante faunas y floras exóticas no tratadas por los clásicos. En palabras de Solís y de Sellés (2005)

La avalancha de novedades fue tal que la mera descripción y recopilación eran tareas lo bastante absorbentes para postergar los estudios teóricos. Este interés descriptivo contribuyó progresivamente a mitigar el acento de los herbarios y bestiarios medievales en el significado moral de los especímenes, así como su subordinación a la utilidad farmacológica o de otro tipo, creando un enfoque progresiva, aunque no exclusivamente, más empírico, interesado por recoger los rasgos observables. (Solís y de Sellés, op. cit.: 542).

La historia natural de los seres vivos atendía más a las estructuras morfológicas que a sus causas, por lo que predominaba la descripción empírica sobre la explicación teórica. En el siglo XVII, la filosofía natural de carácter empirista e inductiva, separaba la "historia" (la descripción de los hechos) de la "teoría" (su explicación) que se construía sobre aquella.

Por otra parte, la historia natural estaba guiada por distintas filosofías de la naturaleza. Una de ellas era el aristotelismo que consideraba que la naturaleza poseía unas tendencias teleológicas inmanentes, de manera que cada especie tenía un plan que daba cuenta de sus propiedades y disposiciones específicas. Aristóteles y Teofrasto habían encarado sus estudios zoológicos y botánicos para investigar esas naturalezas particulares y formarse una idea global del orden de perfección entre las naturalezas vegetales y animales. No obstante, el auge del neoplatonismo en el Renacimiento borró en parte los límites entre lo vivo y lo inerte, dado que en esta filosofía todo estaba en cierto modo animado: hay un alma del mundo, los planetas son animales divinos, los metales y las gemas se engendran en la matriz de la tierra según un modelo biológico, etc. Incluso la conexión del macrocosmos y microcosmos a través de simpatías y analogías simbólicas sembró la naturaleza de significados y borró los límites de las esencias o naturalezas segregadas de cada una de las especies. En consecuencia, se abrieron las puertas a toda clase de novedades portentosas, a las maravillas y a los monstruos.

La perspectiva sobre la generación natural de lo extraño y asombroso se unió a las noticias de especímenes exóticos provenientes de las Indias para instalar la idea de que todo es posible, aumentando la credulidad de los hombres y mujeres del Renacimiento.

A partir del siglo XV comenzaron las descripciones de las riquezas halladas en Indias por portugueses y españoles. Así otras instituciones de historia natural hicieron su aparición y florecieron en el siglo XVI: museos, gabinetes, teatros de la naturaleza y cámaras de maravillas donde se acumulaban especímenes de todo tipo, naturales y artificiales. Por ejemplo, el museo de Ole Worm. Lo que comenzó como un coleccionismo humanista de libros, pinturas y antigüedades, terminó convirtiéndose en un genuino microcosmos donde se encontraban objetos de todo tipo: conchas y fósiles, plantas secas, minerales, esqueletos, estatuillas egipcias o romanas, manuscritos, libros, dibujos, momias, trineos, armas, monstruos, entre otros. De este modo, en una sala repleta de cosas sin clasificar ni ordenar, el observador contemplaba directamente lo que existía en el mundo natural y humano. Los primeros catálogos editados de esos gabinetes se unieron a los libros ilustrados de historia natural para ofrecer virtualmente a los estudiosos de finales del siglo XVI material a ser sistemáticamente organizado.

## 2. 1. Historia natural en la Edad Media

En la Edad Media, la medicina constituía el principal depósito de conocimiento biológico, pero no era el único. La filosofía natural aristotélica incluía un amplio componente de información zoológica y botánica. Así, las enciclopedias casi siempre contenían secciones dedicadas a plantas y a animales, que correspondían a lo que se denominaba en esa época, herbarios y bestiarios, respectivamente.

Como el conocimiento zoológico tenía pocas aplicaciones en el terreno médico y escaso valor práctico en cualquier otro, dice Lindberg (2002), no se había desarrollado como el conocimiento botánico práctico, el herbario. Según Lindberg (op. cit.), el bestiario medieval se presenta a menudo como un ejemplo de la incapacidad medieval para observar el mundo objetivamente y obtener conocimiento zoológico sencillo. Todos estos bestiarios descienden del tratado anónimo *Physiologus*, que surgió de Alejandría y está escrito en griego (quizá hacia el año 200 d.C), posteriormente fue traducido al latín y a la mayoría de las lenguas vernáculas europeas. El *Physiologus* y los libros medievales inspirados por él son antologías de saber popular sobre animales ordenadas en breves entradas o capítulos bajo los nombres de los respectivos animales.

La entrada típica del bestiario comienza con la etimología del nombre del animal, si tiene características físicas distintivas se señalan a continuación y se sigue con una explicación de la conducta inusual o interesante y/o de una descripción de los rasgos de carácter admirables o lamentables. En un bestiario del siglo XII, por ejemplo, podemos encontrar que el zorro es un animal "fraudulento e ingenioso", que se hace el muerto para atrapar a su presa, o que la serpiente llamada "basilisco" puede matar con el poder de su mirada o que la orina del lince se convierte en una piedra preciosa. Finalmente, muchos de estos artículos continúan deduciendo una moraleja y planteando una cuestión teológica a partir de la descripción del animal

Lindberg (op. cit.) se pregunta dos cuestiones. Sobre la primera, "¿cómo debemos juzgar tan extraña mezcla de hechos, fantasía y parábola?" (ibid.: 442), nos conmina a pensar que no podemos pretender leerlo como un moderno manual de zoología. La segunda cuestión se refiere a qué propósito pretendía servir el bestiario. Y él responde que era.

[una]... antología de saber popular y mitología animal, rica en simbolismo y asociaciones, que pretendía instruir y entretener. Y [ . ], ni al compilador ni al lector se les ocurrió investigar si las historias eran ciertas, en el sentido de que se esperaba que fueran verdaderas las afirmaciones [ . ]. El bestiario conseguía su objetivo en la medida en que, efectivamente, llevara a su lector al mundo de la mitología tradicional [ . ] (ibid.).

## 2.2. Auscultando a las taxonomías

Uno de los aspectos más importantes de la elaboración del conocimiento era, en la época de los inicios de la modernidad, el relativo a su clasificación. Ante las novedades y descubrimientos, los conquistadores intentaron ubicar los nuevos descubrimientos dentro de los marcos tradicionales.

Algunos europeos de la Edad Moderna estaban muy interesados por la taxonomía, como lo demuestran los sabios Conrad Gesner (suizo) en su *Historia natural de los animales* (1551) y Ulisse Aldrovandi, de Bolonia. Pero fue el botánico sueco Carl von Linné el máximo exponente de los taxonomistas intelectuales. Burke (2002) analiza una de las metáforas clave del siglo XVII, la del árbol y sus ramas. La imagen del árbol ilustra la naturalización de lo convencional o

la presentación de la cultura como si se tratase de naturaleza, del invento como si fuera un descubrimiento. Esto implicaba negar que los grupos sociales son responsables de las clasificaciones, con lo cual se reafirma la reproducción cultural y se resiste a la innovación.

El *Diccionario de la Evolución* (1995) de Milner dice lo siguiente con respecto al término “clasificación”:

La clasificación de las cosas vivas (conocida también como *taxonomía* o *sistemática*) comenzó, incluso antes de Linneo (1707-1778), como un ejercicio destinado a revelar el plan de Dios o “desenmascarar la naturaleza”. Según se pensaba, las criaturas o las plantas formaban grupos “naturales” y la tarea del científico consistía en descubrirlos (ibid.: 131).

### 3. “Monstruosidad”: ¿cuál es su función dentro de las taxonomías vigentes?

Antes de intentar responder esta pregunta nos interesa realizar algunas apreciaciones históricas y terminológicas.

El *Léxico técnico de Filosofía Medieval* (2005) de Silvia Magnavacca consigna bajo el término *monstrum* los siguientes conceptos:

[...] proviene etimológicamente de *monstrare*, “mostrar” así, *m* indicaría *algo* que se muestra. Sin embargo, para este último significado el latín prefiere comúnmente otro verbo. *ostendere*. Se reservó, en cambio, *monstrare* para “mostrar una conducta a seguir”, [...] los latinos hacían derivar *m* y *monstrare* de *monéo*, uno de cuyos sentidos es “advertir”. Esto ligó el vocablo [...] a la vida religiosa, [...] mitológicamente se entendió el *m* como advertencia dada por los dioses. [...] ésta se expresa mediante prodigios que confunden el entendimiento humano, en la medida en que contradicen el mundo natural, como una serpiente con alas. Pero siempre había alegóricamente [...] una enseñanza. Este último matiz se va perdiendo al ingresar en la etapa patristica, [...] Por eso, en la noción de *m*. sólo perdura el aspecto, [...], escandaloso, en cuanto contradictorio de lo que debe ser y aun repugnante. se suele hablar de *m. horrendum* (ibid.: 448-449).

Los historiadores de la ciencia reconocen que, en el dominio de la historia natural, Aristóteles ha sido un observador inigualado. Aun se reconoce que afirmaciones del filósofo que fueron olvidadas o consideradas como fantasías están llenas de enseñanzas para el naturalista e inclusive para el biólogo. Fue el primero en intentar una clasificación de los seres vivientes: sus observaciones permiten armar un cuadro a partir de sus definiciones. Esta clasificación procura apoyarse en analogías naturales, fundándose en la presencia o ausencia de sangre, el medio en que habita el animal y su modo de reproducción.

Aristóteles, en *De la generación de los animales* dice que un monstruo es un fenómeno que quiebra las leyes del género pero que pertenece a la naturaleza pues un monstruo tiene causas naturales. En realidad, es inevitable que la naturaleza produzca monstruos, puesto que la reproducción de la vida necesita del concurso de lo masculino y lo femenino y lo femenino es ya una primera desviación. Una mujer, piensa Aristóteles, no es un monstruo pero sí una criatura imperfecta, “un hombre estéril”, y cuando el principio femenino se impone al masculino queda abierta la puerta para la generación de monstruos. Así, un monstruo representa, el triunfo de la Materia (lo femenino) sobre la Forma (lo masculino), triunfo del que se derivan criaturas con signos de mutilación o con exceso de órganos (por ejemplo, el hermafodita).

Hacia fines de la Edad Antigua, San Agustín, preocupado por la posibilidad de que la generación de monstruos pudiera ser atribuida a un accidente del azar o a un error divino, plantea el problema en términos teológicos: los monstruos son también obra del Supremo Creador, las razas monstruosas descienden de la pareja adánica y completan la creación. Esta idea de que los monstruos salen de las manos de Dios dio lugar a la hipótesis de que un monstruo es un signo o una escritura que se debe descifrar. Esta interpretación la vimos más arriba en la definición de monstruo como *monstrare* o *monere*, que significa que esta criatura es una mostración o un aviso divino. A lo largo de la Edad Media, muchos teólogos y predicadores ganaron fama interpretando el mensaje representado por la aparición de monstruos, que anunciaban catástrofes, venganza divina o retorno de la paz.

El concepto de “monstruo” ha sido utilizado, a través de los tiempos, para designar seres cuyas características nos enfrentan ante lo extraño en un mundo ordenado y normado. Su presencia provoca siempre una ruptura de lo que consideramos la “realidad”, por ello su percepción va acompañada de terror en cuanto se vincula con la lucha entre lo demoníaco y lo divino, implicando una brutal irrupción del más allá en nuestro mundo.

Son los semas de lo deforme los que configuran lo monstruoso que aparece en ciertos relatos en los que se intenta reconstruir una “realidad” que escapa al orden clasificatorio establecido y se orienta, más bien, hacia el terreno de lo mítico, donde todo es posible. Esta “realidad”, al no responder a las clasificaciones convencionales, recurre a un discurso que conforma lo monstruoso a partir –en general– de la hibridez, que es considerada la figura de lo monstruoso por excelencia.

Dentro de la variedad de monstruos que los conquistadores esperaban encontrar, por ejemplo, en América, se contaban los seres híbridos, inquietante resultado de la mezcla de distintos animales que, en muchos casos, no fueron híbridos más que por la mirada del cronista, quien ante la necesidad de nombrar seres desconocidos, lo hacía apelando a la fusión de nombres de dos o más seres familiares.

Este mecanismo, dice Terrón siguiendo a Dorra (2000), al ser adoptado por los conquistadores nos revela una situación siempre vigente:

[...] en la lengua no existen nombres para la totalidad de las percepciones que el hombre puede realizar, por ello se acude al procedimiento de la catacresis, *que es una técnica nominativa, una manera de cubrir un aspecto, o una zona innominada de la realidad con el nombre de otra*” (cit. por Terrón, 2000. 179).

El acto de nombrar establece una serie de representaciones verbales cuya finalidad es la de dar forma –por medio del lenguaje– a una “realidad” que, en el caso de los conquistadores, se presentaba como totalmente nueva. En consecuencia, este proceso no es sólo lingüístico sino epistemológico: la imposibilidad de definir cada nueva especie encontrada en América llevó a los cronistas a nombrar por medio de comparaciones con lo conocido y, siendo insuficiente la semejanza con un animal, acuden a las características de otro para completar la realidad percibida. Esto trae como resultado descripciones que apuntan a la hibridez. Incluso combinaron características de hombre y de animal, continuando con los híbridos que ya existían en la iconografía antigua occidental.

Raúl Dorra (op. cit.) sostiene que en la Edad Media quedó establecido lo esencial del “imaginario” del hombre moderno:

Tal vez más que ninguna otra, la Edad Media es la edad de los viajes: viajes por mar, viajes por tierra, viajes, sobre todo, por la fantasía. Imaginario o real, hacer un viaje significaba entonces aventurarse por un mundo pululante de criaturas maravillosas y de llamados del misterio. La tierra se extendía siempre más allá de lo que la mirada podía alcanzar, y los textos o los relatos orales le adjudicaban formas diferentes [...] (Dorra, op. cit. 42-43)

En estas descripciones se afanaban tanto teólogos, filósofos, y cosmógrafos como marinos. Algunos pensaban que el principio ordenador del mundo era la analogía y otros que la contradicción.

Hacia fines de la Edad Media el mundo estaba lleno de monstruos y no había hombre que no los hubiera visto a lo largo de su vida. Incluso más allá de las monstruosidades accidentales, había razas o especies de seres monstruosos. Por ejemplo, los que tenían el rostro en el vientre o los que tenían un solo ojo en medio de la frente, los que eran mitad hombre y mitad serpiente o mitad león, etc

La monstruosidad no afectaba sólo a los humanos mezclándolos con otras especies naturales. También había plantas monstruosas que parían animales, frutos gigantescos en cuyo interior crecían los dragones, entre otros. Más allá de la tierra firme, se hablaba de islas vírgenes donde acontecían toda clase de prodigios, de reinos marinos donde todo era desorden y pérdida.

Por otra parte, los monstruos dieron abundante tema para el dibujo y el grabado, pero estas imágenes sólo querían ilustrar lo que las narraciones comunicaban y siempre cumplían el rol de ejemplo. Finalmente, el monstruo llegó a ser una combinación de palabra e imagen y, posteriormente, el arte de los pintores consiguió –en muchos casos– reemplazar a la palabra.

#### 4. Conclusiones

El tema de la “monstruosidad” nos brinda un buen ejemplo de una de las creencias más arraigadas en la Edad Media, que tiene una larga historia desde Aristóteles y que se fue enriqueciendo con características, símbolos y estigmas que provenían de distintos ámbitos del saber y de las creencias populares. Estas categorías conceptuales fueron llevadas y aplicadas por los hombres europeos que surcaron los mares en pos de nuevas tierras, gentes, floras y faunas.

Debemos dejar de suponer que todos los libros medievales que aludían a fenómenos naturales pretendían tener objetivos filosóficos o científicos análogos a los nuestros cuando escribimos un artículo de filosofía o de ciencia e intentar entender que pueden haber pretendido gustar e informar en forma conjunta y a partir de otros presupuestos.

Pero para finalizar, ¿qué es un monstruo? A pesar de que el común de los hombres, ante la experiencia de la monstruosidad, no se preocupaba por las definiciones teóricas, esta pregunta fue objeto, como ya mencionamos, de teólogos, filósofos, viajeros y naturalistas. Las respuestas que dieron los autores de la Antigüedad y el Medioevo fueron variadas y nunca exhaustivas porque siempre hubo más especies de monstruos que los que una definición podía abarcar. Así vimos que el “monstruo” suele definirse en relación con una norma que resulta violada; es una deformación o un desvío del orden natural o del orden divino, es una desmesura o una carencia

que violenta la armonía de los seres. Puede tratarse de un desorden físico, moral o, incluso, estético.

Así, en la historia natural encontramos plasmada y, corriendo a la par, la historia de las creencias humanas, en el sentido de concebir a la Naturaleza sobre un fundamento ontológico que condiciona la historia de los “hechos naturales.” Por otra parte, existe una base epistemológica con relación al modo en que podemos o debemos tener acceso a ellos.

Para finalizar, me gustaría terminar con una cita de Burke (2002), que reitera una idea de Durkheim, y que nos parece que sintetiza el objetivo de este trabajo.

[...] las novedades fueron, por una parte, el examen sistemático de categorías “primitivas” sobre las cuales habían hecho comentarios esporádicos viajeros y filósofos en siglos anteriores y, por otra parte, la conclusión general de que las categorías sociales representan proyecciones sobre el mundo natural, de tal manera que la clasificación de las cosas reproduce la clasificación de las personas (Burke, 2002.14).

### **Bibliografía**

- Borges, J. L. (1983) *Obras completas*. Buenos Aires. Emecé.
- Burke, P. (2002) *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*. Barcelona. Paidós.
- Dorra, R. (2000) “Para qué los monstruos” en A. A., V. V. *Monstruos*. Jujuy: UNJu.
- Foucault, M. (1999) *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Lindberg, D. (2002) *Los inicios de la ciencia occidental*. Barcelona. Paidós.
- Milner, R. (1995) *Diccionario de la evolución*. Barcelona: Biblograf.
- Solis, C. Y Sellés, M. (2005) *Historia de la Ciencia*. Madrid: ESPASA.
- Terrón, H. (2000) “Los monstruos: mitos, leyendas o creencias” en A. A., V. V. *Monstruos*. Jujuy: UNJu.